

»Y en cinco ilustres monsiures  
Se hallarán, no están perdidas,  
Que, vive Dios, tal acierto  
No lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,  
De oro muy puro y sin liga;  
Aquí está, señor, miradla.»  
Expuso á la régia vista

Una gruesa bala de oro  
Que en la escarcela traia,  
Continuando, sin turbarse,  
Con gracejo y con malicia:

«Gran señor, fundí esta bala  
Para daros muerte digna,  
Si en el combate de veros  
Se me lograba la dicha.

»Y ya que vuestra fortuna  
No os puso en mi puntería,

Vuestra debe ser la prenda  
Que siempre vuestra á ser iba.

»Tomadla, señor, tomadla,  
Pesa dos onzas cumplidas,  
Y puede que para ayuda  
De vuestro rescate sirva.»

Al rey Francisco tal gracia  
Hizo aquella retahila  
Del andaluz, y el despejo  
Con que acertara á decirla,

Que afable tomó la bala  
Diciendo: «Amigo, la estima  
Mi aprecio en mucho, y confío  
Que os lo mostraré algún día.»

Roldan le hizo reverencia  
Y vuelve á entrar en su fila,  
Tan contento de sí mismo  
Que ni á Cárlos quinto envidia.

### ROMANCE QUINTO

#### CONCLUSION

Dueño absoluto de Italia  
Fué el insigne Emperador,  
Con esta excelsa victoria  
Del alto esfuerzo español.

Y cautivo el Rey de Francia  
Vino á Madrid y habitó  
La torre de los Lujanes,  
Con Hernando de Alarcon.

En la plaza de la Villa  
Aún dora esta torre el sol,  
Coronada de recuerdos  
Que el tiempo no borra, no.

De ella al cabo el rey Francisco  
Rescatándose, tornó  
A ocupar el rico trono  
De la francesa nacion.

Pero su rendida espada,  
Prenda de insigne valor,  
Testigo eterno de un triunfo  
Que el orbe todo admiró;

En nuestra régia armería  
Trescientos años brilló,

De los franceses desdoro,  
De nuestras glorias blason.

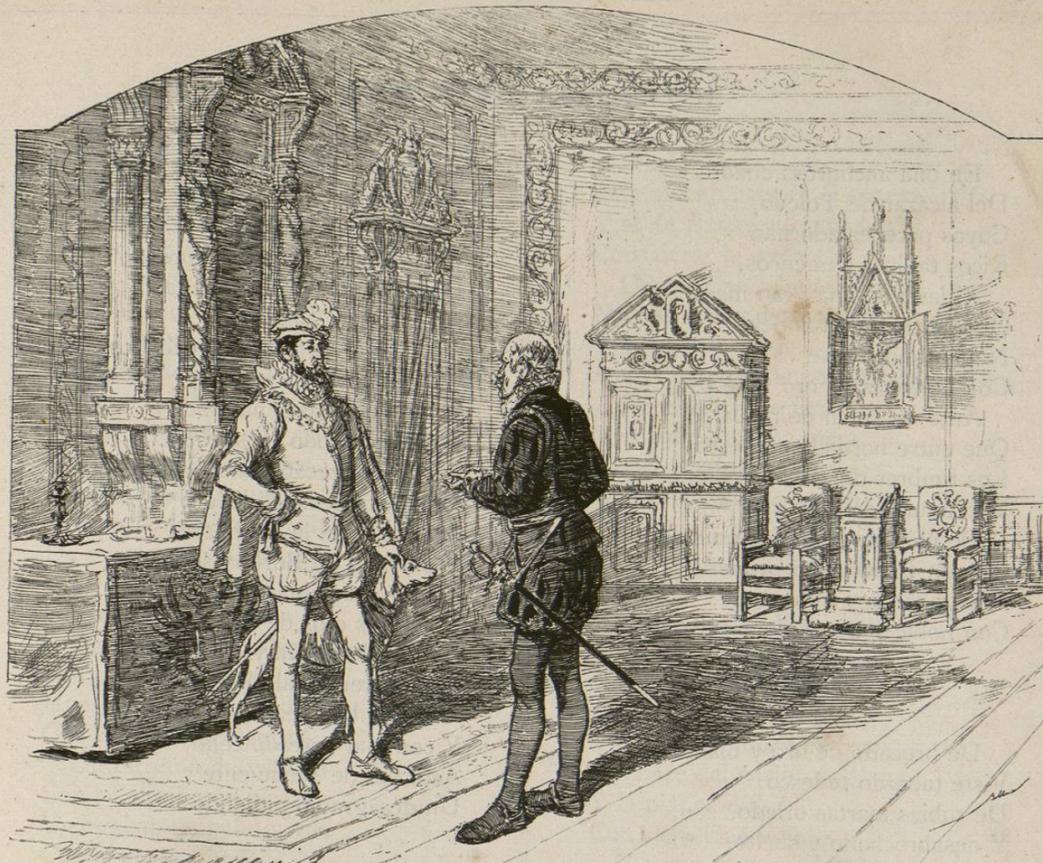
Hasta que amistad aleve  
Que ocultaba engaño atroz,  
Con halagos y promesas  
Que ensalzó la adulacion,

Tal prenda de un triunfo nuestro  
Para Francia recobró;  
Como si así de la historia  
Se borrarse su baldon.

Harto indignado, aunque jóven,  
Esta espada escolté yo,  
Cuando á Murat la entregaron  
En infame procesion.

Pero si llevó la espada,  
La gloria eterna quedó,  
Más durable que en acero  
De la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España  
Supo añadir, vive Dios,  
Al gran nombre de Pavía  
El de Bailén, que es mayor.



### UN CASTELLANO LEAL

#### ROMANCE PRIMERO

«Hola, hidalgos y escuderos  
De mi alcurnia y mi blason,  
Mirad como bien nacidos  
De mi sangre y casa en pro;

»Esas puertas se defiendan,  
Que no ha de entrar, vive Dios,  
Por ellas, quien no estuviere  
Más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio  
Un fementido traidor,  
Que contra su Rey combate  
Y que á su patria vendió.

»Pues si él es de Reyes primo,  
Primo de Reyes soy yo;  
Y conde de Benavente,  
Si él es duque de Borbon.

»Llevándole de ventaja,  
Que nunca jamás manchó  
La traicion mi noble sangre,  
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle  
Una ya cascada voz,  
Que de un palacio salia  
Cuya puerta se cerró;

Y á la que estaba á caballo  
Sobre un negro pisador,  
Siendo en su escudo las lises  
Mas bien que timbre baldon,

Y de pajes y escuderos  
Llevando un tropel en pos,  
Cubiertos de ricas galas,  
El gran duque de Borbon.

El que lidiando en Pavía  
Más que valiente, feroz,  
Gozóse en ver prisionero  
A su natural señor;

Y que á Toledo ha venido,  
Ufano de su traicion,  
Para recibir mercedes  
Y ver al Emperador.



## ROMANCE SEGUNDO

En una anchurosa cuadro  
Del alcázar de Toledo,  
Cuyas paredes adornan  
Ricos tapices flamencos,  
Al lado de una gran mesa  
Que cubre de terciopelo  
Napolitano tapete  
Con borlones de oro y flecos;  
Ante un sillón de respaldo  
Que entre bordado arabesco  
Los timbres de España ostenta  
Y el águila del imperio,  
De pié estaba Cárlos quinto,  
Que en España era primero,  
Con gallardo y noble talle,  
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco  
Viste tabardo tudesco;  
De rubias martas orlado,  
Y desabrochado y suelto,  
Dejando ver un justillo  
De raso jalde, cubierto  
Con primorosos bordados  
Y costosos sobrepuestos;  
Y la excelsa y noble insignia  
Del Toison de oro, pendiendo  
De una preciosa cadena  
En la mitad de su pecho.  
Un birrete de velludo  
Con un blanco airon, sujeto  
Por un joyel de diamantes  
Y un antiguo camafeo,  
Descubre por ambos lados,  
Tanta majestad cubriendo,  
Rubio, cual barba y bigote,  
Bien atusado el cabello.  
Apoyada en la cadera  
La potente diestra ha puesto,  
Que aprieta dos guantes de ámbar  
Y un primoroso mosquero.  
Y con la siniestra halaga,  
De un mastin muy corpulento,  
Blanco, y las orejas rubias,  
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,  
Apaciguador del reino,

De los pasados disturbios  
Acaso está discurriendo;  
O del trato que dispone  
Con el Rey de Francia preso,  
O de asuntos de Alemania,  
Agitada por Lutero;  
Cuando un tropel de caballos  
Oye venir á lo léjos,  
Y ante el alcázar pararse,  
Quedando todo en silencio.  
En la antecámara suena  
Rumor impensado luégo,  
Abrese al fin la mampara  
Y entra el de Borbon soberbio.  
Con el semblante de azufre,  
Y con los ojos de fuego,  
Bramando de ira y de rabia  
Que enfrena mal el respeto.  
Y con balbuciente lengua  
Y con mal borrado ceño,  
Acusa al de Benavente  
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable  
Latió con orgullo el pecho,  
Ufano de la entereza  
De su esclarecido deudo.  
Y aunque advertido procura  
Disimular cual discreto,  
A su noble rostro asoman  
La aprobacion y el contento.  
El Emperador un punto  
Quedó indeciso y suspenso,  
Sin saber qué responderle  
Al francés, de enojo ciego.  
Y aunque en su interior se goza  
Con el proceder violento  
Del conde de Benavente;  
De altas esperanzas lleno  
Por tener tales vasallos,  
De noble lealtad modelos  
Y con los que el ancho mundo  
Será á sus glorias estrecho;  
Mucho al de Borbon le debe  
Y es fuerza satisfacerlo,  
Le ofrece para calmarlo  
Un desagravio completo.  
Y llamando á un gentil-hombre,  
Con el semblante severo  
Manda que el de Benavente  
Venga á su presencia presto.

## ROMANCE TERCERO

Sostenido por sus pajes  
Desciende de su litera  
El conde de Benavente  
Del alcázar á la puerta.  
Era un viejo respetable,  
Cuerpo enjuto, cara seca,  
Con dos ojos como chispas,  
Cargados de largas cejas,  
Y con semblante muy noble,  
Mas de gravedad tan séria,  
Que veneracion de léjos  
Y miedo causa de cerca.  
Eran su traje unas calzas  
De púrpura de Valencia,  
Y de recamado ante  
Un colete á la leonesa.  
De fino lienzo gallego  
Los puños y la gorguera,  
Unos y otra guarnecidos  
Con randas barcelonesas.  
Un birreton de velludo  
Con su cintillo de perlas,  
Y el gaban de paño verde  
Con alamares de seda.  
Tan sólo de Calatrava  
La insignia española lleva,  
Que el Toison ha despreciado  
Por ser órden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,  
Sube por las escaleras,  
Y al verle, las alabardas  
Un golpe dan en la tierra.  
Golpe de honor, y de aviso  
De que en el alcázar entra  
Un Grande, á quien se le debe  
Todo honor y reverencia.  
Al llegar á la antesala,  
Los pajes que están en ella  
Con respeto le saludan  
Abriendo las anchas puertas.  
Con grave paso entra el Conde  
Sin que otro aviso preceda,  
Salones atravesando  
Hasta la cámara régia.

Pensativo está el Monarca,  
Discurriendo cómo pueda  
Componer aquel disturbio  
Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbon le debe,  
Aún mucho más de él espera,  
Y al de Benavente mucho  
Considerar le interesa.  
Dilacion no admite el caso,  
No hay quien dar consejo pueda,  
Y Villalar y Pavía  
A un tiempo se le recuerdan.  
En el sillón asentado,  
Y el codo sobre la mesa,  
Al personaje recibe,  
Que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda  
Con una rodilla en tierra,  
Mas como Grande del reino  
Sin descubrir la cabeza.  
El Emperador benigno  
Que alce del suelo le ordena,  
Y la plática difícil  
Con sagacidad empieza.  
Y entre severo y afable  
Al cabo le manifiesta,  
Que es el que á Borbon aloje  
Voluntad suya resuelta.  
Con respeto muy profundo,  
Pero con la voz entera,  
Respóndele Benavente  
Destocando la cabeza:  
«Soy, señor, vuestro vasallo,  
Vos sois mi rey en la tierra,  
A vos ordenar os cumple  
De mi vida y de mi hacienda.  
»Vuestro soy, vuestra mi casa,  
De mí disponed y de ella,  
Pero no toqueis mi honra  
Y respetad mi conciencia.  
»Mi casa Borbon ocupe  
Puesto que es voluntad vuestra,  
Contamine sus paredes,  
Sus blasones envilezca;  
»Que á mí me sobra en Toledo  
Donde vivir, sin que tenga  
Que rozarme con traidores  
Cuyo solo aliento infesta,  
»Y en cuanto él deje mi casa,  
Antes de tornar yo á ella,  
Purificaré con fuego  
Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano  
Besó, cubrió su cabeza,  
Y retiróse bajando  
A do estaba su litera.  
Y á casa de un su pariente  
Mandó que lo condujeran,

Abandonando la suya  
Con cuanto dentro se encierra.  
Quedó absorto Cárlos quinto  
De ver tan noble firmeza,  
Estimando la de España  
Más que la imperial diadema.

## ROMANCE CUARTO



Muy pocos dias el Duque  
Hizo mansion en Toledo,  
Del noble Conde ocupando  
Los honrados aposentos.  
Y la noche en que el palacio  
Dejó vacío, partiendo  
Con su séquito y sus pajes  
Orgullosos y satisfechos,  
Turbó la apacible luna  
Un vapor blanco y espeso,  
Que de las altas techumbres  
Se iba elevando y creciendo:

A poco rato tornóse  
En humo confuso y denso,  
Que en nubarrones oscuros  
Ofuscaba el claro cielo;  
Después en ardientes chispas,  
Y en un resplandor horrendo  
Que iluminaba los valles,  
Dando en el Tajo reflejos,  
Y al fin su furor mostrando  
En embravecido incendio,  
Que devoraba altas torres  
Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,  
Conmovióse todo el pueblo,  
De Benavente el palacio  
Presa de las llamas viendo.

El Emperador confuso  
Corre á procurar remedio,  
En atajar tanto daño  
Mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse  
Tantas riquezas el fuego,  
A la lealtad castellana  
Levantando un monumento.

Aún hoy unos viejos muros  
Del humo y las llamas negros,  
Recuerdan acción tan grande  
En la famosa Toledo.



## EL SOLEMNE DESENGAÑO

AL EXCMO. SR. DUQUE DE OSUNA, ETC., ETC., ETC.

## ROMANCE PRIMERO

EL GALAN.—LA ENFERMEDAD



Y las siniestras miradas  
Y el mudo desasosiego,  
Ya en los saraos de la corte,  
Ya en los festines risueños,  
Ya en la caza bulliciosa,  
Ya en solitarios paseos,  
Ya en el salon, ya en la plaza,  
Ya en la justa, ya en el templo,  
En la mesa, en el despacho,  
En la vigilia, en el sueño,  
Un alma rota descubren  
Por un fijo pensamiento,  
Y un corazón que devora  
El cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran  
Los malignos palaciegos,  
Con astucia cortesana  
Aquel abismo encubierto.  
Tan solamente columbran  
Que los ocultos tormentos  
Del Marqués, se dulcifican  
Para ser mayores luego,  
O cuando en palacio asiste  
Al servicio honroso, atento,  
De la Emperatriz augusta,  
De las hermosas modelo;  
O cuando busca devoto  
Con el fervor más ingenuo,  
Arrodillado en la iglesia,  
En Dios amparo y consuelo;  
O cuando por los jardines  
Que al pie de la gran Toledo  
Riega el Tajo, se pasea  
Solo, y del bullicio lejos,  
Con Garcilaso su amigo;  
Ora escuchando sus versos,  
Ora en largas conferencias  
De gran sigilo y misterio.

De fortuna en la alta cumbre,  
Grande, joven, rico, bueno,  
De virtud, saber, belleza,  
Dechado, pasmo y modelo;  
El más galan en la corte,  
En las justas el más diestro,  
El más afable en su casa,  
El más docto en el consejo;  
Brilla el Marqués de Lombay  
Cual rutilante lucero,  
Al lado de Cárlos quinto  
Domador del Universo.

Mas entre tantos aplausos  
Y en tan elevado asiento,  
Donde el orbe le sonríe  
Y donde le halaga el cielo,  
Algo falta á su ventura,  
O alguna mano de hierro  
Del corazón se la arranca,  
Y se la saca del pecho.

Melancólico el semblante,  
Y los labios entreabiertos,